

piel á la porcelana iluminada por detrás con un foco. Sus ojos vivos, relucientes, y sus colores contrastaban con aquel tinte pálido que tenía no sé que dulce elegancia y que hermozeaba su fisonomía imprimiéndole un sello de imponente serenidad. Diríase que compadecía al duque, y este sentimiento dimanaba seguramente del exceso de ternura sin límites humanos al sentir la aproximación de la muerte. Reinaba profundo silencio. La estancia, iluminada por el suave resplandor de una lámpara, ofrecía el aspecto de todas las habitaciones en que hay enfermos cuya existencia se extingue. El reloj dió la hora. El duque se despertó y no hubo medio de consolarle de la pesadumbre de haber dormido. No pude ver el horrible gesto que hizo y que reflejaba la amargura de haber perdido de vista á su mujer en uno de los últimos momentos de su vida; pero aseguro, que fuera de moribunda, el más experto se habría equivocado al juzgarle. Estadista, con la atención fija en los altos intereses de la patria, registrábanse en el carácter en las costumbres del duque mil aparentes extravagancias que justifican que el vulgo tome á los hombres de talento por locos, pero que pueden explicar los doctos, estudiando la exquisita nerviosidad y las necesidades de tales espíritus. Sentóse en un sillón cerca del lecho de su mujer, y la miró con fijeza. La moribunda alargó la mano, cogió la de su marido, la estrechó afablemente, y con voz dulce y conmovida le dijo: «¡Pobre amigo mío! ¿Quién va á compraderte ahora?» Y después de esto, murió con la mirada fija en los ojos de su marido.

—Las historias que cuenta el doctor—observó conde de Vandenesse—producen emoción profunda.

—Y tierna—añadió la señorita de Touches abanicando su asiento.

Paris, junio 1839-1842.

LA GRAN BRETECHA

(FIN DE «OTRO ESTUDIO DE MUJER»)

—Tengo, señora—replicó el doctor,—todo un repertorio; pero cada cuento tiene su instante de oportunidad en la conversación, según frase feliz de Chautort cuando, dirigiéndose al duque de Fonsac, dijo: «Entre tu agudeza y el momento en que hemos de reirla hay por medio diez botellas de Champagne».

—Sólo que son las dos de la madrugada y la historia de Rosina nos tiene bien dispuestos á seguir escuchando—objetó la señora de la casa.

—Cuente, cuente, señor Bianchón—gritaron de aquí y de allá.

Notando que el doctor hacía un gesto complaciente, se restableció el silencio.

—A orillas del Loira, á unos cien pasos aproximadamente de Vendome, se encuentra una casa vieja, ennegrecida, muy alta de techo, y tan aislada, que no se ve en su rededor ni fábrica de cortidos que huelga mal, ni albergue sospechoso, tal y como se distinguen junto á cualquier caserío. Extiéndese delante un jardín que mira al río, y donde el boj, en otro tiempo desnudo, que señalaba los andenes, crece actualmente dando pruebas de su exuberancia. Algunos sauces, trasplantados del Loira, se espesan como si formasen el entrelazamiento de una cerca, y casi

ocultan el caserón. Las plantas que llamamos salvajes decoran con su espléndida vegetación los declives de la ribera. No se vendimia en los árboles frutales, abandonados desde diez años atrás, y los retoños aumentan la umbría. Las espalderas son tales y tan abundosas, que forman verdaderos setos. Las sendas, que en otro tiempo aparecían enarenadas, se ven cubiertas de verdolaga, y, para decirlo mejor, no se distingue ni traza de sendero. De lo alto de la montaña, en que se asientan las ruinas del vetusto castillo de los duques de Vendome, único sitio desde el cual puede la mirada profundizar aquel laberinto, se dice que en tiempos ya remotos, que difícilmente se precisarían, este rincón de tierra fué paraíso para no sé qué hidalgo amigo de las rosas, de los tulipanes, como aficionado que era á la horticultura, y sobre todo, goloso por las frutas exquisitas. Distinguiese un emparrado, ó más bien los restos de un emparrado, á cuya sombra se halla una mesa que no ha podido destruir enteramente la acción del tiempo. Se imagina uno como son los goces sedentarios que presta la existencia pacífica de provincia cuando se contempla este jardín que ha perdido sus encantos, de la misma manera que se descubren las buenas cualidades de un comerciante leyendo el epitafio de su tumba. Para completar la tristeza que sobrecoge al espíritu, ofrece uno de los murallones un cuadrante con esta inscripción sencilla y cristiana: ¡ULTIMAM COGITA! Los techos de la casa á que me refiero están horriblemente deteriorados; las persianas cerradas á todas horas; los balcones llenos de golondrinas, y las puertas no se abren jamás. Señálanse las hendiduras de la gradería porque las hierbas que suben en libertad forman líneas verdes y el herraje está cubierto de moho. La luna, el sol, el invierno, el verano, la nieve, han ido resquebrajando las maderas, separando las planchas, desgastando la pintura. Sólo turban el imponente silencio que reina en aquel paraje las avejillas, los gatos, las gurdúas, las ratas y los ratones, que pueden refocilarse á sus anchas, perseguirse y comerse. Una mano invisible ha escrito dondequiera la palabra: *Misterio*. Si van

excitados por la curiosidad, á ver el rincón, desde la calle os será fácil distinguir la puerta que remata en forma redonda, la que da á los chiquillos de innumerables aguas, después de mi visita, que dicha puerta es la que me condujo hacia la friolera de diez años. Por sus brechas irregulares puede observarse cuán perfecta armonía existe entre la fachada que da al jardín y la que da al patio. El mismo desorden. Manojos de plantas adornan los baldosines; profundas grietas surcan las paredes, cuyos remates desmoronados y negros desaparecen casi bajo los caprichosos festones de la parietaria. Las gradas de la escalinata están desencajadas, la cuerda de la campana podrida y rotas las canales. ¿Ha caído allí el fuego del cielo? ¿Qué tribunal ha ordenado que se castigue aquel edificio derramando sal sobre él? ¿Se burlaron sus habitantes de Dios? ¿Fueron traidores á la Francia? Eso se pregunta todo el mundo; pero los reptiles que trepan por los muros os dejan sin contestación. Esta casa desierta y vacía se ofrece á los curiosos como indecifrable enigma. Fué antiguamente algo así como un templo y lleva el nombre de la GRAN BRETECHA. Durante la temporada que pasé en Vendome, donde me había dejado Desplein para que cuidase á un enfermo rico, agradábame entretenerme forjando historias á la vista de aquella mansión misteriosa. ¿No ofrecía más atractivos que una simple ruina? A toda ruina acompañan ciertas tradiciones cuya autenticidad indiscutible roba parte de sus encantos; pero este palacio, que continuaba en pie, aunque era bien cierto que iba demoliéndolo una mano vengadora, encerraba su secreto; parecía animado por un pensamiento ignorado, ó cuando menos daba fe de un anhelo cualquiera. Muchas tardes me aproximaba á la cerca de plantas silvestres que protegía el recinto, y sin dolerme de los arañazos, metíame en aquel huerto sin dueño, en aquella propiedad que no podía considerarse entonces ni particular ni pública: horas enteras permanecía examinando toda aquella confusión. Ni aun á trueque de saber la historia que indudablemente había producido aquel rarísimo cua-

098, hubiera hecho una sola pregunta á cualquiera de los charlatanes vendomeses. Allí componía yo deliciosas novelas y me entregaba á ensueños melancólicos que me deleitaban. Seguro que hubieran desaparecido todas las poesías inéditas que iba saboreando, al descubrir la causa, vulgar tal vez, de semejante soledad y abandono. Simbolizaba el tal asilo para mí las escenas variadísimas de la existencia humana, ennegrecida por sus desventuras; ahora el ambiente del claustro, aunque sin los religiosos; ya la quietud del cementerio, sin los muertos que nos hablan su lenguaje de epitafios; hoy la casa del leproso, mañana la de los Atridas; pero aun más que todo eso la provincia con sus ideas de recogimiento y con su vida monótona. He llorado allí con mucha frecuencia y no recuerdo que haya reído jamás. Sentíame en algunas ocasiones sobrecogido de involuntario terror, oyendo sobre mi cabeza el zumbido apagado de alguna paloma torcaz fugitiva; el suelo está húmedo, y es prudente ir alerta para defenderse de los lagartos, de las víboras, de las ranas de zarzal que se pasean por aquel terreno con la libertad salvaje propia de la naturaleza: pobre del que se deje vencer por el frío, pues hay instantes en que se siente la pesadumbre de una capa de hielo que cae sobre las espaldas como la mano del Comendador sobre la garganta de Don Juan. Cierta noche me estremecí de espanto; el viento hacía girar á una veleta comida de orín, cuyos chirridos diríase que eran como quejas lanzadas por la casa misteriosa, y pasaba esto en el punto en que yo concluía de hilvanar un drama muy sombrío, merced al cual venía á explicarme aquella especie de sufrimiento *monumental*. Volví á mi hospedaje, preparado para las ideas más lúgubres. Después de la cena, mi hospedera entró en mi cuarto con aire preocupado y me dijo: «Caballero, ahí está el señor Regnault». «¿Y quién es ese señor Regnault?» «¿Cómo! ¿No conoce usted al señor Regnault? ¡tiene gracia!» contestó alejándose. Y de improviso vi que se presentaba un hombre largo, endeble, vestido de negro, con el sombrero en la mano, hombre que parecía un carnero padre pronto á caer sobre su rival,

mostrándome una frente limitada, una cabeza pequeña y puntiaguda y una faz macilenta, semejante á un vaso de agua sucia. Se le hubiera tomado por ujier de un ministro. Este personaje extraño vestía ropa muy vieja y gastada por las costuras; pero lucía un diamante en la pechera y arillos de oro en las orejas. Le interpele: «¿Con quién tengo el honor de hablar, caballero?» Sentóse en la silla que le acomodé junto al fuego, colocó su sombrero en mi mesa y repuso frotándose las manos: «¡Ah, lo cierto es que hace mucho frío! Caballero, yo soy el señor Regnault». Me incliné pensando: «¡Il bondo cani! busca». «Soy, añadió, notario de Vendome». «Lo celebro, señor, pero no estoy en disposición de testar, por razones que tengo bien conocidas». «Un segundo, replicó levantando la mano como para imponerme silencio; permítame usted, señor, permítame. Se me ha dicho que va usted á pasear, de cuando en cuando, por el jardín de la *Gran Bretecha*». «Sí, señor». «¡Un segundo! continuó repitiendo la mueca; lo que usted hace constituye un verdadero delito. Caballero, vengo, en nombre y como ejecutor testamentario de la difunta condesa de Merret, á rogarle que suspenda sus visitas. ¡Un segundo! No soy tan fiero como un turco y me guardaré de insistir en que su conducta es criminal. Por otra parte, se concibe que ignore usted las circunstancias que me obligan á dejar que se demorone y se convierta en ruinas el palacio más hermoso de Vendome. Sin embargo, caballero, según parece, es usted instruido y debe usted, por tanto, saber que las leyes prohíben, con apercibimiento de las penas más severas, invadir una propiedad que se halla cerrada. Una cerca vale lo que cualquier muro. Comprendo que el estado en que la casa se ofrece á su curiosidad la excuse. Agradaríame poder dejarle libre para que discurriera usted por sus habitaciones como le viniera en antojo; pero, encargado de que se respete la voluntad de la testadora, tengo el honor, caballero, de suplicarle que no vuelva usted á meterse en el huerto predicho. Tenga usted en cuenta, señor, que ni yo, con ser yo, he puesto los pies, á partir de la apertura del testamento, en tal

palacio, que pertenece, según he tenido el gusto de advertirle, á la herencia de la señora Merret. Nos hemos limitado á levantar acta de las puertas y ventanas, á fin de fijar el impuesto que pago anualmente, con los fondos destinados para este objeto, por las dos veces citada difunta condesa. ¡Ah, querido señor! ¡Su testamento ha tenido mucha resonancia en Vendome!...» Y se detuvo el digno funcionario para sonarse las narices. Se comprenderá que respetase yo su verbosidad, comprendiendo perfectamente que el asunto de la herencia Merret constituía, no ya el acontecimiento más importante de su vida, sino su reputación, su gloria, su Restauración, como si dijéramos. Se me condenaba á despedirme de mis hermosos sueños, de mis novelas, y no podía mostrarme rehacio á conocer de un modo oficioso la realidad. «Caballero, le interrogué, ¿sería indiscreto preguntarle los motivos de tal rareza?» Al oír estas palabras, pasó por el rostro del notario un aire que denunciaba cuánto placer sienten los que están acostumbrados á galopar en el caballo de sus ilusiones. Estiró el cuello de su camisa con marcada fatuidad, echó mano de su tabaquera, la abrió, me ofreció un polvillo, y viendo que rehusaba, dió al rapé un buen pellizco. No hay que dudar si era hombre dichoso. El que no tiene una idea fija ignora cuánto partido se puede sacar de la existencia. La idea fija es el justo medio entre la pasión y la monomanía. Teniendo aquel tipo delante comprendí este lindo pensamiento en toda su profundidad, y tuve idea completa del regocijo con que el tío Tobías, ayudado por Trim, cabalgaba en su caballo de combate. «Caballero, me dijo el señor Regnault, yo he sido primer pasante del procurador Roguín, en París; excelente despacho, del que habrá usted oído hablar, sin duda. ¡No! Pues mire usted, una desgraciada quiebra le hizo célebre. Como yo no poseía bastantes medios de fortuna para sufragar las contribuciones impuestas en 1816, me retiré á este pueblo con el propósito de adquirir el bufete de mi predecesor. Tenía yo parentela en Vendome, y entre otros allegados, una tía muy rica que me cedió á su hija en matrimonio». Hizo

una ligera pausa y siguió explicando: «Caballero, tres meses después de haberme aprobado monseñor el canciller, mandóme comparecer, en el instante en que me iba á acostar (no me había casado aún), la señora condesa de Merret, citándome á su castillo de Merret. La camarera, muchacha honrada que sirve hoy en esta hostería, esperaba en mi puerta con la carretela de la señora condesa. ¡Ah, un segundo! Urge advertirle á usted que el señor conde de Merret había ido á morir á París dos meses antes de que yo viniese á esta plaza. Perekó miserablemente, entregándose á toda clase de desórdenes, ¿comprende usted? El día en que se ausentó, la señora condesa abandonó la *Gran Bretecha*, desamueblándola. Hay quien va más lejos y pretende que echó á la hoguera los muebles, los tapices, en fin, todas las cosas generalmente cualesquiera de las que adornan los lugares, al presente arrendadas por el dicho señor... (¡toma! ¿qué estoy diciendo? Perdóneme usted; creía hallarme dictando una escritura de arrendamiento); que los quemó, repito, en el prado de Merret. ¿Ha ido usted á Merret, señor? No, dijo dándose á sí mismo y por mí la respuesta. ¡Ah! Pues constele que es un sitio de los más hermosos». Y después de un leve movimiento desdeñoso de cabeza, prosiguió: «Hacia en esto que digo tres meses, hora arriba, hora abajo, que el señor conde y la señora condesa vivían de un modo anómalo y singular; á nadie recibían ya; la señora ocupaba el piso bajo y el señor el primero. Cuando la señora condesa quedó sola, no se la veía más que en el templo. Más tarde, reclusa en el castillo, sin salir de casa, negóse á ver á los amigos y á las amigas que fueron á visitarla. Estaba ya muy cambiada cuando abandonó la *Gran Bretecha* para ir á Merret. La querida señora de que hablo... (digo querida, porque este diamante es recuerdo suyo, que por lo demás, afirmo que no la he visto más que una sola vez). Bueno, la buena señora se sentía muy enferma; había desesperado de recobrar la salud, sin duda, por cuanto murió empeñada en que no la viesen los médicos; de eso resulta que muchas de nuestras damas se emperren en que no

tenía el juicio cabal. Caballero, mi curiosidad se sintió muy excitada al enterarme de que la señora Merret solicitaba los buenos oficios de mi ministerio. Y no fui yo solo el que miró la cosa con interés: aquella misma noche supo todo el pueblo que iba á Merret, y eso que era algo tarde. La doncella contestó con mucha vaguedad á las preguntas que le hice por el camino; sin embargo, me dijo que la señora había recibido los sacramentos durante el día, y que se temía que no llegase á la mañana siguiente. Llegué cerca de las once al castillo. Subí la elevada escalera. Después de haber atravesado grandes piezas, altas y ennegrecidas, frías y húmedas como el diablo, metíme en la alcoba de honor de la señora condesa. Según las hablillas acerca de esta dama (caballero, no terminaría nunca si tuviera que referirle todos los chismes que se han divulgado á sus costas) me la figuraba coqueta. Pues figúrese usted que me costó trabajo descubrirla en la inmensa cama donde yacía. Cierto que para alumbrar la enorme cámara, con frisos propios del viejo régimen y tan recargados de polvos que bastaba verlos para romper en estornudos, sólo tenía uno de esos antiguos velones de Argant. ¡Ah, pero usted no ha ido á Merret! Pues bien, señor mío, la cama es una de esas camas de otro tiempo con dosel alto, adornado de indiana floreada. Sobre una mesita de noche hallé una *Imitación de Jesucristo*, que, valga el paréntesis, he comprado á mi mujer junto con el velón. Había también una poltrona para la enfermera y dos sillas. Por lo demás, ni un ascua de fuego. He ahí todo el mueblaje. El inventario de eso no habría ocupado diez líneas. ¡Ah, mi querido señor, si hubiese usted visto, como yo lo vi entonces, aquel vasto aposento tendido de colgaduras oscuras, se habría usted creído transportado á una de las escenas que describen los novelistas! Era todo allí frío, mejor aun, fúnebre». Y levantó los brazos haciendo un gesto teatral. Después de una pausa, continuó: «En fuerza de mirar por todos lados, y aproximándome al lecho, conseguí encararme con la señora Merret, y aun gracias al resplandor del velón, cuya luz caía sobre

las almohadas. Su rostro era amarillo como la cera y parecíase á dos manos entrelazadas. La señora condesa llevaba un gorro con blondas que dejaba ver sus cabellos hermosos, pero blancos como el hilo. La tenían incorporada sobre la cama y parecía sostenerse con mucha dificultad. Sus grandes y negros ojos, apagados entonces por la fiebre, sin duda, y casi casi fríos, movíanse apenas debajo de los huesos en que están los párpados. Esto, observó señalándome el hueco de sus ojos. Su frente estaba humedecida. Sus manos descarnadas diríase que eran huesos recubiertos por una piel suave y transparente; sus venas, sus músculos, se veían muy bien. Debí de haber sido hermosísima. ¡Pero en el momento en que la describo! No sé qué sentimiento me sobrecogió al verla. Si hemos de creer á los que la enterraron, jamás llegó criatura viva al límite de su delgadez, sin morir. En resolución, que daba espanto mirarla. La enfermedad había ido descarnándola de modo que más tenía de fantasma que de ser humano. Sus labios, color de violeta pálido, se me antojaron inmóviles cuando me habló. Aunque mi profesión me tiene familiarizado con espectáculos tales, obligándome á personarme junto á la cabecera de los moribundos para dar fe de sus últimos deseos, confieso que las familias llorosas y las agonías á que he asistido nada eran al lado de aquella mujer solitaria y silenciosa, perdida en el inmenso y vasto castillo. No oía el rumor más leve, no veía ese movimiento que la respiración de la enferma debiera haber comunicado á las telas que la cubrían, y permanecí inmóvil, entretenido en contemplarla con no sé qué gesto de estupor. Aun me parece que me encuentro en aquel trance. Al cabo su mirada dió señales de vida, hizo un esfuerzo para levantar su diestra, que cayó inerte sobre el lecho, y salieron como un soplo estas palabras de su boca, pues su voz no tenía ya acentos humanos: «Le aguardaba á usted con mucha impaciencia». Sus mejillas se colorearon vivamente. Hablar, caballero, era para ella empresa de titanes. «Señora...» le dije. Pero hizo un signo para que me callara. El ama de llaves se levantó y me advirtió al

oído: «No hable usted. La señora condesa no está en disposición de oír ruido alguno, y lo que usted le diga puede agitarla». Entonces me senté. A poco, la señora Merret reunió cuantas fuerzas le quedaban para mover su brazo derecho; metiólo, no sin dolores y molestias intolerables, bajo su cabecera; descansó un breve instante; después hizo un esfuerzo supremo para retirar el brazo, y bañósele en sudor la frente cuando pudo sacar entre sus dedos un pliego cerrado. «Pongo, bajo su guarda mi testamento, añadió. ¡Ah, Dios mío, ah!» Y eso fue todo. Cogió un crucifijo que había sobre su cama, lo llevó rápidamente á sus labios, y murió. La expresión de sus ojos fijos me hace temblar todavía cuando pienso en la pobre señora, que debió de haber padecido mucho. Retratábase el goce en su última mirada, y aquel sentimiento final de su vida permaneció imborrable en sus pupilas apagadas. Llegué al testamento, y al abrirlo me encontré con que la señora Merret me había nombrado su ejecutor testamentario. Legaba la totalidad de sus bienes al hospital de Vendome, salvo algunas mandas particulares. Ahora diré cuáles fueron sus disposiciones respecto de la *Gran Bretecha*. Recomendábame que dejara este palacio durante cincuenta años cumplidos, á partir del día de su muerte, en el estado en que le halláramos después de su fallecimiento, prohibiendo la entrada en sus habitaciones á cualquier persona, fuere quien fuere, vedando que se hiciera la más insignificante reparación y otorgando una renta para remunerar á los guardianes, si era preciso nombrarlos, para asegurar la más completa ejecución de su mandato. Si la voluntad de la testadora ha sido respetada, cuando el plazo expire, la casa pertenecerá á mis herederos, pues ya sabe el señor que los notarios no pueden aceptar legado ninguno; si no, la *Gran Bretecha* pasará á quien de derecho le corresponda, pero á condición de cumplir las condiciones señaladas en un codicillo que sólo debe abrirse al término de los dichos cincuenta años. No ha sido quebrantado el testamento, pues...» Sin acabar la frase me dirigió el notario

oblongo una mirada de triunfo; por mi parte le dirigí algunos cumplidos que le dejaron satisfecho y para terminar le dije: «Es tal mi emoción, caballero, que me parece estar viendo á la moribunda más pálida que los paños en que iba envuelta; me atemorizan sus ojos brillantes, y es seguro que soñaré con ella esta noche. Pero ¿no ha forjado usted conjetura alguna acerca de las cláusulas contenidas en tan raro documento?» «Señor, contestó dando á sus palabras cierto tonillo cómico de reserva, jamás me permito juzgar la conducta de las personas que me honraron haciéndome el donativo de un diamante». No tardé mucho en desatar la lengua del escrupuloso notario, quien me comunicó, no sin perderse en largas digresiones, los datos recogidos por los más sagaces de ambos sexos, cuyos juicios sientan jurisprudencia en Vendome. Pero todo lo que me contaba era tan contradictorio, tan difuso, que estuve á pique de dormirme, á pesar del interés que me despertaba esta historia real. La pesada oratoria y el acento monótono de aquel funcionario, que estaba acostumbrado, sin duda, á escucharse á sí mismo y á que le escucharan sus clientes ó sus compatriotas, pudo más que mi curiosidad. Felizmente, acabó por irse. Desde la escalera habló aun: «¡Ah, ah, señor! ¿cuántos quisieran vivir cuarenta y cinco años más: pero... ¡un segundo!» Y llevó con fino movimiento el índice de su derecha á la nariz, como para indicarme: «preste usted atención á esto». «Para llegar tan arriba, tan arriba, es preciso no rayar en los sesenta». Este último rasgo, que el notario imaginó muy ingenioso, sacóme de mi apatía. Cerré la puerta y fui á sentarme en mi sillón, apoyando los pies en los dos caballetes de la chimenea. Enfrasquéme entonces en una novela á la Radcliffe, forjada á propósito de los datos jurídicos suministrados por el señor Regnault, cuando la puerta, empujada por diestra y femenil mano, giró sobre sus goznes y vi entrar á mi patrona, mujer gruesa, de buenas carnes y de mejor humor, que había errado su vocación. Érase una flamenca que debiera haber nacido en un cuadro de Teniers. «¿Qué tal, señor? ¿Os ha soltado Regnault

su historia de la *Gran Bretecha*?» preguntóme. «Sí, tía Lepas». «¿Y qué le ha dicho?» Repetíle brevemente la historia lúgubre y fría de la señora Merret. A cada frase nueva mi patrona alargaba el cuello, mirándome con perspicacia de posadera, que viene á representar un término medio entre el instinto del gendarme, la astucia del espía y la malicia del mercader. «Mi querida tía Lepas, apuesto á que sabe usted muchas cosas sobre este asunto; de otra manera ¿á santo de qué subir á mi habitación?» «¡Ah, palabra de mujer honrada, tan cierto como me llamo Lepas...!» «No jure usted. Se le están escapando por los ojos las ganas de descubrir un secreto. Usted ha conocido al señor Merret; ¿qué casta de hombre era?» «¡Diantre! el señor Merret, ahí tiene lo que son las cosas, un buen mozo á quien no se acababa de ver nunca, tan largo era; un hidalgo muy digno que salió de Picardía, y que llevaba, como decimos aquí, la testa muy cerca de la gorra. Pagaba al contado en todas partes para que no le molestara nadie». «¡Ahí tiene usted, si era vivo! A las señoras les parecía excesivamente amable». «¿Por qué era vivo?» pregunté á la patrona. «Bien puede ser, repuso. De sobras sabe usted, señor, que era preciso que tuviese gancho, como suele decirse, para casarse con la señora Merret, quien, sin que esto sea ofender á nadie, era la más bella y la más rica de Vendome y sus contornos. Poseía cerca de veinte mil libras de renta. Todo el pueblo asistió á la boda. La novia era linda y agradable, una verdadera joya de mujer. Ah, hubo un tiempo en que mis jóvenes formaron muy hermosa pareja». «¿Y fueron felices en su matrimonio?» «¡Oh, eh! No y sí, según puede presumirse desde fuera, pues bien sabe usted que vivíamos nosotros á mesa y mantel con ellos. La señora Merret era una mujer de bien, muy gentil, que no digo que no tuviera que sufrir muchas veces algunos arrebatos de su marido; pero aunque algo orgullosa, la verdad es que la amábamos todos. ¡Bah! En su estado tenía que ser como era. Cuando uno es noble, ahí tiene usted...» «Sin embargo, es necesario que haya ocurrido algún desastre para que los señores de Merret se separaran

violentamente». «Yo no he dicho que ocurriera desastre alguno, señor. Nada sé yo de eso». «Ahora sí que estoy seguro de que lo sabe usted todo». «Pues sea, caballero; voy á contarle todo. Viendo subir al señor Regnault, me he figurado que hablaría á usted de la señora Merret con motivo de la *Gran Bretecha*. El pensar esto me ha sugerido la idea de consultar con el señor, que me parece hombre de sano consejo é incapaz de hacer traición á una pobre mujer como yo, que no ha hecho nunca mal á nadie y que se encuentra, sin embargo, atormentada por su conciencia. Hasta ahora no me he atrevido á franquearme con las gentes de este país; son todos charlatanes con lengua de acero. En fin, señor, no se ha hospedado aquí viajero que haya permanecido tanto tiempo como usted en mi posada y á quien pudiera confiar la historia de los quince mil francos». «Mi querida tía Lepas, exclamé conteniendo el flujo de sus palabras, si su confidencia es tal que pueda comprometerme, por nada del mundo quisiera yo echar sobre mí responsabilidades». «No tema, añadió, interrumpiéndome; va usted á verlo». Esta oficiosidad me obligó á creer que no me había comunicado á mí sólo la buena posadera el secreto de que debía ser depositario único, y me dispuse á escuchar. «Caballero, cuando el emperador envió aquí á los españoles prisioneros de guerra, tuve que hospedar, por cuenta del gobierno, á un joven español enviado á Vendome bajo su palabra. A pesar de la palabra, iba todos los días á presentarse al subprefecto. Era grande de España, no se pare usted en chiquitas. Llevaba un nombre en *os* y en *dia* como Bagos de Ferredia. Escribí el nombre en mis registros y puede usted leerlo cuando guste. Oh, era demasiado hermoso para ser español, puesto que, según dicen, todos son feos. No tenía más allá de cinco pies y dos ó tres pulgadas, pero estaba bien formado; tenía unas manos pequeñas, que cuidaba mucho; ¡ah, era cosa de verlo! Tenía tantos cepillos para sus dedos como de verlo! Tenía tantos cepillos para sus dedos como de verlo! Tenía una mujer para todos sus afeites. Tenía los cabellos largos y negros, la pupila luminosa, el tinte del rostro algo cobrizo, pero aun así y todo me agra-

daba. Su ropa blanca era fina, tal como no se la he visto jamás á nadie, y eso que he aposentado á princesas, y entre otros al general Bertrand, al duque y á la duquesa de Abrantés, al señor Decazes y al rey de España. No comía mucho; pero sus modales eran tan distinguidos, tan amables, que no había medio de tenerle mala voluntad. ¡Oh! le quería yo mucho, aunque es cierto que no soltaba al día cuatro palabras y era imposible trabar conversación con él; si se le hablaba no respondía; era una rareza, y la tienen todos ellos, por lo que me han dicho. Leía su breviario como un sacerdote é iba á misa y á todos los oficios ordinariamente. ¿Dónde se colocaba? (Observamos esto más tarde). A dos pasos de la capilla de la señora de Merret. Como se colocó allí desde la primera vez en que asistió á la iglesia, nadie malició que fuese intencionada su conducta. Por otra parte, ¡si no levantaba la nariz de su libro de oraciones el pobre joven! Durante todo aquel tiempo empleaba la tarde en pasear por la montaña, junto á las ruinas del castillo. Era su única distracción, porque le recordaba su país, ¡pobrecillo! Se cuenta que no hay en España más que montes. Uno de los primeros días de su secuestro, tardó en volver. Me inquietó mucho el no verle venir hasta el punto de la media noche, pero al cabo nos acostubramos todos á sus extravagancias; se le dió la llave de la puerta y no le aguardamos más. Habitaba la casa que tenemos en la calle de *Casernes*. Por entonces, uno de nuestros mozos de cuadra nos dijo que otra tarde, yendo á bañar los caballos, vió que el grande de España nadaba á lo lejos en el río y como si fuese un verdadero pescador. Cuando regresó le dije que tuviese cuidado con las hierbas; pareció que le contrariaba el que le hubiesen visto en el agua. En fin, señor, un día, ó más bien una mañana, no le encontramos ya en sus habitaciones, lo que era prueba de que no se había recogido. En fuerza de registrarlo y revolverlo todo, hallé un escrito en el cajón de su mesa, donde había unas cincuenta monedas de oro españolas que llaman portuguesas y que valían cerca de cinco mil francos; además, diamantes por valor de diez mil francos en

una cajita lacrada. Su esuela decía, pues, que en el caso en que no volviese nos dejaba el dinero y los diamantes con cargo á instituir misas en acción de gracias á Dios por haberse evadido y salvado. En aquel tiempo me vivía aún mi hombre, y corrió en su busca, y he aquí lo chusco de la historia: me traje los vestidos del español, que descubrió debajo de una piedra muy grande, en una especie de estaca, junto á la orilla del río, hacia el lado del castillo y casi frente por frente de la *Gran Bretecha*. Mi marido fué allá tan temprano, que nadie le vió. Quemó las ropas después de leída la carta, y declaramos, según los deseos del conde Feredia, que se había fugado. Mandó el subprefecto toda la gendarmería en su persecución; pero ¡échale un galgo! no se le pudo atrapar. Lepas creyó que el español debió ahogarse; yo, señor, no pienso tal cosa; imagino más bien que toca su tecla en el asunto de la señora Merret, considerando que Rosalía me ha dicho que el crucifijo que tenía en tanta estima, que mandó que le sepultasen con él, era de ébano y de plata; pues resulta que en los primeros tiempos de su estancia entre nosotros, el señor Feredia poseía uno de plata y ébano, que no volví á verle más. Y ahora dígame, señor, ¿no es cierto que no deben remorderme la conciencia los quince mil francos del español, y que son míos y muy míos?» «Ciertamente. Pero ¿no se le ha ocurrido á usted interrogar á Rosalía?» le dije. «Claro que sí; pero ¿qué quiere usted? Esa muchacha es impenetrable como un muro. Algo sabe, pero es imposible hacerla cantar». Después de haber charlado un momento conmigo, mi patrona me dejó entregado á pensamientos vagos y lúgubres, presa de una curiosidad exaltada y sobrecogido de temor supersticioso muy semejante á esa sensación profunda que se apodera de nuestro ánimo cuando entramos de noche en una iglesia sombría donde distinguimos la débil y apartada claridad que ilumina los enhiestos arcos; deslízase una figura informe, y oyendo el ruido de la ropa ó de la sotana... temblamos involuntariamente. La *Gran Bretecha*, con su multitud de crecidas hierbas, con sus puertas cerradas, con sus salones desiertos,

se levantó de improviso, fantásticamente, ante mis ojos. Quise penetrar en la misteriosa mansión, buscando el nudo de la solemne historia, el drama que había matado á tres seres. Rosalía pareció á mi espíritu el ser más interesante de Vendome. Descubrí, observándola, las huellas de un pensamiento oculto, á pesar de la exuberante salud que brillaba en su cara gordinflona. Había en su alma el germen de la esperanza ó del remordimiento; su actitud anunciaba la posesión de un secreto, como lo anuncian esas devotas que rezan exageradamente ó como la infanticida que oye siempre el último grito de su hijo. Su natural era, sin embargo, sencillo y burdo; la sonrisa tonta nada tenía de criminal, y se la hubiera juzgado inocente sólo con ver el inmenso pañuelo á cuadros rojos y azules que velaba su busto vigoroso, encuadrado, ajustado, sujeto por un vestido á rayas blancas y violadas. «No, me dije, no saldré de Vendome sin saber toda la novela de la *Gran Bretecha*. Para conseguir mis propósitos seré amigo de Rosalía, si es absolutamente necesario». «Rosalía», le dije una noche. «¿Qué se le ofrece á usted, señor?» «¿No es usted casada?» Tembló ligeramente, y repuso riendo: «¡Oh, no me faltarán hombres cuando me dé el capricho de ser desgraciada». Se repuso pronto de su emoción íntima, pues todas las mujeres, desde la gran señora hasta las mozas que sirven en posadas, poseen la admirable sangre fría que es particular á su sexo. «Está usted demasiado fresca é incitante para que no haya más de un enamorado de su figura. Pero, dígame usted, Rosalía, ¿por qué ha entrado usted á servir en una posada al perder á la señora Merret? ¿Es que no le dejó á usted nada?» «Vaya que sí; pero observe que mi colocación es la mejor del pueblo». Semejante respuesta es una de las que, jueces y abogados, llaman *dilatatorias*. Figurábase que Rosalía se hallaba, en lo que se refiere á esta historia extraordinaria, como el peón que se encuentra en medio de un tablero; ocupaba el centro del interés y de la verdad; veíala cogida en el nudo. No era, pues, caso de tentar una aventura vulgar, sino que ofrecía la joven el atractivo del último ca-

pítulo de una novela: no se extrañará, pues, que mirase yo á Rosalía desde aquel momento con visible predilección. A fuerza de estudiar su carácter, hallé en ella, como hallamos en todas las mujeres que absorben nuestros pensamientos, gran número de cualidades seductoras: era limpia, diligente; era bella, eso por supuesto, y acabó por tener todos los encantos con que nuestro deseo engalana á las del sexo contrario, cualquiera que sea la situación en que estén. Quince días después de la visita del notario, una noche, ó mejor dicho, una mañana, pues era muy temprano, sorprendí á Rosalía con estas palabras: «Cuéntame, pues, todo cuanto sepas á propósito de la señora Merret». «¡Oh, repuso aterrorizada; no me pregunte usted tal cosa, señor Horacio!» Su hermoso rostro se oscureció, sus colores vivos y animados palidieron y su mirada perdió aquel brillo inocente y húmedo. «Bueno, pues así lo desea, lo diré; pero guárdeme bien el secreto». «Anda, pobre-cilla, que yo guardaré todos cuantos secretos quieras con la probidad de un ladrón, que es la más leal que existe». «Si le es á usted igual, prefiero que sea con la suya». Dicho esto, arregló su pañuelo de seda y se puso en actitud cómoda para contar; pues ciertamente no se me negará que es necesario recoger el gesto de confianza y de aplomo para zurcir una narración. Los mejores cuentos se dicen á cierta hora cuando todo el mundo está en la mesa. No hay quien cuente con tino estando de pie ó en ayunas. Pero si tuviera que dar idea de la difusión con que hablaba Rosalía, tendríamos que llenar un volumen. Sólo que, como el acontecimiento de que me suministró datos confusos se halla colocado entre la charla del notario y la de la señora Lepas, tan exactamente como los términos medios de una proporción aritmética se hallan entre los dos extremos, me basta con dar el resumen en breves palabras. Abrevio, pues. La habitación que la señora Merret ocupaba en la Bretecha estaba situada en el piso bajo. Un gabinete de cerca de cuatro pies, practicado en el interior de la pared, le servía de ropero. Tres meses antes de la velada en que ocurrieron los hechos que

voy á referir, la señora Merret enfermó seriamente, y su marido tuvo que dejarla sola en esta parte de la casa, viéndose precisado á dormir arriba, en una sala del primer piso. Por una de esas casualidades imposibles de prever, volvió, la noche de que hablo, dos horas más tarde que lo que tenía por costumbre, del círculo, adonde iba á leer los diarios y á conversar de política con los habitantes del país. Su mujer le creía en casa, acostado, dormido. Pero la invasión de la Francia había suscitado una disputa muy fuerte. Enardecido, en la partida de billar perdió cuarenta francos, suma enorme en Vendome, donde no hay quien no economice y donde las costumbres están contenidas en los límites de una modestia digna de elogio y que quizás es origen de una ventura cierta, de que no hace caso ningún parisiense. Hacía algún tiempo que el señor Merret se contentaba con preguntar á Rosalía si su mujer se había acostado, y al oír la respuesta afirmativa de la doncella, dirigiase inmediatamente á sus habitaciones con esa natural bondad que producen la costumbre y la confianza. Al entrar en casa, asaltóle el capricho de meterse en el cuarto de su esposa, con ánimos de contarle su mala suerte, y quizás también para consolarse de sus pérdidas. Durante la comida halló á la señora Merret muy peripuesta, y pensaba, al salir del círculo, que, por lo visto, su mujer no sufría ya, que la convalecencia la había hermo-seado, y es lo cierto que lo notaba, como los maridos lo notan todo, un poco tarde. En vez de llamar á Rosalía, que en aquel momento se hallaba en la cocina entreteniéndose en ver jugar á la cocinera y al cochero una baza difícil de brisca, el señor Merret se dirigió hacia el gabinete de la señora, guiándose por la luz de su linterna, que había depositado sobre el primer tramo de la escalera. Sus pasos, fáciles de reconocer, resonaban bajo las bóvedas del corredor. Cuando dió vuelta á la llave del cuarto de su mujer, creyó oír cerrar la puerta del gabinetito de que antes he hablado; pero cuando estuvo dentro vió á la señora Merret sola, de pie delante de la chimenea. El marido pensó con noble ingenuidad que Rosalía

trasteaba en el guardarropa; sin embargo, avivó su desconfianza una sospecha impertinente que le zumbó en los oídos como rumor de campanas: miró á su mujer y leyó en sus ojos no sé qué turbación, algo de bestia salvaje. «Vuelves muy tarde», le dijo ella. La voz, que de ordinario era pura y seductora, le pareció ligeramente alterada. No contestó Merret, porque Rosalía entró en aquel instante. Al verla sintió como si acabase de herirle un rayo. Paseóse por la habitación, yendo con paso uniforme desde una ventana á otra, cruzados los brazos. «¿Has tenido alguna mala noticia, ó te encuentras mal?» inquirió tímidamente su mujer, mientras la desnudaba Rosalía. Continuó él silencioso. «Retírate, mandó la señora Merret á su doncella; yo misma arreglaré mis rizos». Presintió, con sólo mirar la cara de su marido, que amenazaba alguna desgracia, y quiso estar sola con él. Cuando Rosalía salió, ó podía considerarse por lo menos que se hallaba fuera, puesto que permaneció algunos instantes en el corredor, el señor Merret se plantó frente á su esposa y le dijo con frialdad: «Señora, hay alguien en su guardarropas». Miró ella con aire sereno á su marido y le respondió sencillamente: «No, señor». Este *no* lastimó á Merret, porque no creía que fuese así; y era el caso que nunca le había parecido su compañera ni más pura ni más religiosa que en aquel momento. Levantóse para abrir el gabinetito; la señora Merret le cogió de la mano, le detuvo, miróle con mirada melancólica y le advirtió con acento singularmente conmovido: «Reflexione que si no encuentra usted á nadie, todo habrá concluido entre nosotros». El increíble sello de dignidad impreso en la actitud de su esposa devolvió al hidalgo un profundo sentimiento de estimación hacia la dama y le inspiró una de esas determinaciones que, desarrolladas en más vasto escenario, serían inmortales. «No, dijo, no entraré, Josefina. En un caso ó en otro quedaríamos separados para siempre. Escucha: sé cuán pura es tu alma, y me consta que haces vida de santa; no querrás cometer un sacrilegio para salvar tu existencia». La señora Merret dirigió una mirada hosca á su mari-

do. «Toma, ahí tienes tu crucifijo, añadió el hombre. Júrame ante Dios que no hay nadie ahí dentro y te creeré. Jamás abriré esa puerta». La señora Merret cogió el crucifijo y profirió: «Lo juro». «Más alto, añadió él, y repite: Juro ante Dios que no hay nadie en ese cuarto». La dama repitió la frase sin turbarse. «Está bien», dijo fríamente Merret. Y después de un momento de silencio: «Tienes un objeto muy lindo, que no había visto yo nunca», observó examinando el crucifijo de ébano con incrustaciones de plata, que estaba esculpido con mucho arte. «Lo he adquirido en casa de Duvivier, quien lo había comprado á un religioso español, cuando pasó por Vendome el año pasado aquella cuerda de prisioneros». «¡Ah!» exclamó Merret colgando otra vez el crucifijo. Llamó, dirigiéndose al encuentro de Rosalía; en cuanto ésta se presentó en la estancia, condújola á la ventana que daba al jardín y le dijo en voz baja: «Sé que Gorenflot quiere casarse contigo, y que la pobreza es el único obstáculo para que os unáis; también sé que tú le has contestado que no serás su mujer si no consigue hacerse maestro de obras... Bueno, pues anda á buscarle, dile que venga con su paleta y sus instrumentos. Haz de modo que no despierte nadie más que él en su casa; su fortuna será superior á sus deseos. Sobre todo sal de aquí sin hablar palabra, si no...» Frunció las cejas. Rosalía partió y volvió él á llamarla para decirle: «Toma mi llavín». Y después, con voz atronadora en el corredor: «¡Juan!» Juan era su cochero y su confidente todo en una pieza, y al oír á su amo dejó la partida de brisca y acudió presuroso. Hízole seña, viéndole venir, su amo para que se aproximase, y le habló en voz baja: «A dormir todos; pero cuando duerman todos, cuando *duerman* ¡lo oyes bien? vendrás á decírmelo». Merret no había perdido de vista á su esposa mientras daba órdenes; luego volvió á su lado, acomodóse junto al fuego y se puso á contarle tranquilamente las ocurrencias de la velada, lo de la partida de billar, lo de las discusiones del círculo. Cuando Rosalía regresó, encontróse con que los señores de Merret hablaban amistosamente. Hacía poco que el hidalgo había hecho poner

cielo raso á todas las piezas que formaban sus salones de recepción en el piso bajo. El estucado se ve raramente en las casas de Vendome, porque los gastos de transporte encarecen los materiales mucho. El hidalgo, precavido en esto, había hecho acopio de una regular partida, seguro de que no faltarían compradores si algo le sobraba. Precisamente, la circunstancia á que hago referencia le inspiró el proyecto que puso rápidamente en ejecución. «Ahí está Gorenflot», dijo Rosalía con acento apagado. «Que entre», replicó el noble picardo en voz alta. La señora Merret palideció ligeramente viendo entrar al albail. El marido mandó: «Anda, Gorenflot, tráete de la cochera los ladrillos suficientes para tapiar la puerta de ese cuarto; emplearás el yeso que me sobra para dar una mano al tabique». Después de lo cual llamó aparte al obrero y á Rosalía y habló así: «Oye, Gorenflot, dormirás aquí esta noche; pero mañana tendrás un salvoconducto para trasladarte al extranjero, á una población que te indicaré. Llevarás seis mil francos para el viaje; permanecerás diez años en dicho punto, y si no te agrada, te permito que te establezcas en otro, con tal que no salgas del mismo país. Pasarás por París, esperándome en este último sitio. Cuando nos veamos, te garantizaré por contrato seis mil francos más, que te serán abonados á tu regreso ó en el caso de que hayas cumplido las condiciones del contrato. Deberás guardar profundo silencio, para que yo cumpla mi promesa, acerca de cuanto hagas aquí esta noche. En cuanto á ti, Rosalía, te señalo diez mil francos, que no se te abonarán hasta el día de tus nupcias, á condición de que te cases con Gorenflot; bien entendido que si queréis casaros es preciso que guardéis impenetrable reserva. Si no es así, no hay dote». «Rosalía, dijo la señora Merret, ven á peírnarme». El marido se paseó tranquilamente á lo largo de la sala sin que se transparentase en su actitud la más leve desconfianza, que se pudiera tomar por injuriosa. Gorenflot tuvo que hacer ruido en su tarea, y aprovechó la señora Merret esta circunstancia, valiéndose del momento en que el albail rompía unos ladrillos y su esposo se encontraba

en el extremo de la sala, para decir á Rosalía: «Te hago donación de mil francos de renta si puedes decir á Gorenflot que deje una abertura abajo de todo». Y con sangre fría añadió en vez alta: «Anda y ayúdale». Los señores de Merret permanecieron silenciosos mientras Gorenflot cerraba la puerta. El silencio era cálculo en el marido, porque no quería proporcionar á la dama pretexto alguno para que pronunciara palabras de doble sentido, y en la mujer prudencia ú orgullo. Cuando la pared se hallaba levantada hasta la mitad, el astuto albañil aprovechó un instante en que el hidalgo se hallaba de espaldas para dar un golpe con su paleta en uno de los dos cristales que tenía la puerta. La señora Merret comprendió por esta señal que Rosalía había hablado con Gorenflot. Los tres vieron entonces aparecer la cara sombría y oscura de un hombre cuyos cabellos eran negros y cuya mirada brillaba como la lumbre. Antes de que su marido volviese el rostro, tuvo tiempo la pobre mujer para hacer un signo de inteligencia al extraño personaje, signo que venía á significar: «¡Espera!» A las cuatro, cuando despuntaba el día, pues era esto en el mes de septiembre, la obra estaba concluída. El albañil quedó bajo la custodia y vigilancia de Juan, y el señor Merret se acostó en la alcoba de su esposa. Cuando se levantó al día siguiente, dijo con marcada indiferencia: «¡Ah, demonio! Es preciso que vaya á la alcaldía en busca del pasaporte». Púsose el sombrero, dió tres pasos hacia la puerta, cambió de propósito, volvió y se apoderó del crucifijo. Su mujer no pudo reprimir un ligero estremecimiento de alegría. «Piensa ir á casa de Duvivier», se dijo. Y tan pronto como el hidalgo estuvo fuera, llamó á Rosalía y con voz terrible gritó: «¡La piqueta! ¡la piqueta! ¡y manos á la obra! Observé anoche lo que hacía Gorenflot, y, por tanto, nos sobra tiempo para abrir un agujero y volverlo á tapar». En un abrir y cerrar de ojos, Rosalía le llevó una especie de *hacha* á su señora, la cual, con ardimento de que no podría darse idea, se puso á demoler el tabique. Había derrumbado algunos ladrillos, cuando, recobrando alientos y aplicando todo su empuje, con

más fuerza que la empleada hasta allí, volviendo, con la acción que hizo, la cabeza, vió á Merret detrás, y al verle perdió el sentido. «Lleve usted á la señora á su cama», dijo fríamente el hidalgo. Previendo que ocurriera lo que en efecto ocurrió durante su ausencia, había tendido un lazo á su mujer: como que no hizo más que escribir dos letras al alcalde y pasar recado á Duvivier para que se presentara. El joyero llegó en el momento en que todo el desorden promovido en la casa acababa de desaparecer. El hidalgo le preguntó: «Diga usted, Duvivier, ¿ha comprado usted algún crucifijo á los españoles que pasaron por este pueblo?» «No, señor». «Perfectamente, le doy á usted las más expresivas gracias», contestó el hombre, cambiando con su mujer una mirada sangrienta como la del tigre. Y dirigiéndose á su criado: «Juan, dispón que me traigan el almuerzo á la alcoba de la señora Merret; está enferma y no saldré de sus habitaciones hasta que se haya restablecido». El cruel hidalgo permaneció durante cerca de veinte días junto á su mujer. En los primeros instantes de aquel suplicio, cuando salía algún rumor sordo del gabinete tapiado y Josefina pretendía pedir gracia para el moribundo desconocido, contestaba él cortándole toda palabra: «Ha jurado usted por el crucificado que no hay ahí dentro nadie».

Al concluir este relato, levantáronse todas las damas de la mesa, y el encanto con que las sujetaba Bianchón quedó roto por tal movimiento. Sin embargo, es justo decir que algunas de las oyentes quedaron paralizadas por no sé qué sensación fría al oír las últimas frases.